
CAPITULO XIII.

CONCIÉRTASE DE NUEVO ROLDAN CON EL ALMIRANTE
Y SE CONCLUYE SU REBELION: ORIGEN
DE LOS REPARTIMIENTOS EN INDIAS: VUELVE OJEDA
DE SUS DESCUBRIMIENTOS Y OCASIONA
NUEVOS ALBOROTOS EN LA ESPAÑOLA: LEVANTAMIENTO
DE ADRIAN MOXICA: SU CASTIGO:
MOVIMIENTOS EN GRANADA CONTRA LOS COLONES.
AÑO DE 1499.

Viendo Carabajal que todos los rebeldes no querian cumplir lo capitulado, les hizo un requerimiento en forma, del que no hicieron caso. El Almirante, avisado de todo, tuvo tanto mayor disgusto de estos nuevos incidentes, que casi forzado se habia resuelto á dar dos navios á los amotinados de los que habia menester para enviar á la Isla de las Perlas, para continuar des-

pues el descubrimiento de la tierra firme. No obstante que veía frustradas sus diligencias para la reduccion de Roldan, se animó á escribirle y á Moxica en los términos más capaces de persuadirlos y ganarlos. No consiguió otra respuesta de Roldan sino que le agradecía su consejo; pero que no le habia de tomar, añadiendo otras insolencias, hijas de su temeridad. Halló Carabajal modo de entablar de nuevo sus negociaciones con Roldan y llegaron á punto de concluirse. Bien hubo menester el Almirante valerse de gran flema y moderacion para sufrir las provocaciones de Roldan, que parecia con ellas tirar á cansar su paciencia ó á empeñarle á cometer una violencia que les serviria de pretexto para proseguir su rebelion. No se desmandó en nada el Almirante, y por graves razones que le impelieron lo concedió todo. En efecto, se veía cercado de mil dificultades: el mal de la rebelion se volvia contagioso: los indios, hostigados de las opresiones de ambos partidos, daban muestras en varios parajes de intentar una gran sublevacion: los mismos castellanos que hasta entónces habian permanecido fieles al Almirante, comenzaban á inquietarse y decir claramente, que si se hubieran juntado con Roldan se hubieran enriquecido y tuvieran la libertad de poderse volver á Castilla: bastantes de ellos daban á entender que se

irían á la provincia del Higuay, donde creían encontrar mucho oro y vivir á su antojo, como lo habian hecho los rebeldes en Jaragúa. Todas estas consideraciones determinaron al Almirante á concluir, á cualquier precio que fuese, sus conciertos con Roldan; y así pasó por todo, sin poner reparo en cosa alguna. Se firmaron por fin los artículos y se ejecutaron de buena fe. Para que este negocio más presto se concluyese, habia determinado el Almirante embarcarse, y con dos navios bien proveidos irse al puerto de Azúa, distante veinte y cinco leguas de Santo Domingo, para estar más cerca de Roldan, llevando consigo á Juan Dominguez (clérigo) y á los principales oficiales de su confianza. Gastó desde el mes de Mayo, hasta veinte y ocho de Septiembre en que se pregonó la provision del concierto con Francisco Roldan, en supurar su invicta paciencia, sufriendo muchos desaires de parte de este gefe de los rebeldes, quien comenzó luego á ejercer el oficio de alcalde mayor con la misma arrogancia de siempre, y excediéndose de sus facultades á vista y paciencia del Almirante, que pasaba por ello á no poder más.

No tardaron entónces en despacharse las dos carabelas en virtud de lo capitulado, y el Almirante estuvo tentado de embarcarse en una de ellas para Castilla, á fin de informar personal-

mente á los Reyes de cuanto habia pasado con Roldan, porque estaba informado del siniestro colorido que se daba en la Corte á estas cosas, y despues tuvo motivo para arrepentirse de no haberlo ejecutado; pero el celo del bien público le hizo atropellar sus propios intereses, considerando que su presencia era necesaria para contener la provincia de los ciguayos, que se movia contra los españoles que andaban en la Vega, y así se quedó, y se contentó con enviar en su lugar á Miguel Ballester y á García de Barrantes, á quienes entregó los procesos contra Roldan y los suyos, firmados por Carabajal y Coronel, y por otras personas principales, que debian presentarlos al Rey y á la Reina.

Despues de exponer por menor el Almirante, en sus informes, todos los excesos que habian cometido los sediciosos, y las funestas consecuencias que habian producido en la isla, representaba la necesidad en que se habia visto de consentir y pasar por todos los capítulos concernientes á Roldan para no poner en riesgo el establecimiento de la colonia, y cuánto daño se seguiria si sus Altezas ratificasen un concierto firmado por fuerza é indigno de la majestad real, y así les suplicaba que inquiriesen la verdad de todo; y que, supuesto que desde la conclusion de estos conciertos se habian portado los rebeldes de tal mo-

do que dejaban á la Corte en libertad de no guardarles las capitulaciones hechas con Roldan, se sirviesen atender que eran deudores de todos los tributos de los Reyes y Caciques indios que habian defraudado para su provecho, impidiendo su paga á la Hacienda Real: que á más de eso, constaba por los procesos hechos contra ellos en esta rebelion, que estaban condenados en virtud de dos sentencias, por traidores, y convencidos del gravísimo delito de rebelion, infamia que no podia él dispensar, ni de las penas en que habian incurrido por ser reos de lesa-majestad. Terminaba su memorial, pidiendo con nuevas instancias que le enviasen un magistrado hábil para la administracion de la justicia, y un contador mayor ó tesorero real para la mejor direccion de los intereses reales, obligándose á pagar estos ministros; y repetia sus súplicas en órden á que le guardasen sus prerogativas, insinuando que si sus Altezas querian que sus gobernadores hiciesen bien su deber en las Indias, convenia honrarlos y premiarlos á proporcion de sus buenos servicios, porque de lo contrario los exponian á la tentacion de acudir más bien al aumento de sus intereses que á los de sus Soberanos. Y finalmente, representaba, que porque ya se hallaba muy quebrantado de su salud, se dignasen enviarle su hijo mayor Don Diego, para ayudarle y for-

marle en el manejo de grandes negocios, debiendo sucederle en los dos empleos que obtenia de Virey y Almirante.

Hiciéronse á la vela para Castilla las dos carabelas que llevaban estos despachos, á principios de Octubre, y el dia diez y nueve del mismo mes presentó Roldan al Almirante un memorial (de parte de sus compañeros, que eran ciento y dos), en el que pedian tierras en la provincia de Jara-gúa, adonde se querian avecindar. Como el Almirante temia que estando juntos en un establecimiento se podia perpetuar la rebelion, no quiso por entónces darles licencia para que todos juntos se avecindasen, sino llevar á la larga esta materia; y como los descontentos se iban ya dividiendo, yendo cada cual por su lado, no tuvo ya dificultad en concederles lo que deseaban. El mayor número de ellos se estableció en Bonaó, adonde tuvo principio aquella villa; otros se colocaron en medio de la Vega Real, á las orillas del Rio Verde; otros á seis leguas hácia el Norte en Santiago. Se dió á cada uno terrenos para labranza de mil montones de manioc ó piés de yuca, que corresponde al terreno de mil piés de ce-pas en Castilla, obligando á los Caciques de hacer trabajar aquellas tierras por sus vasallos: de aquí tomaron origen los repartimientos ó encomiendas de todas las Indias.

Roldan, que tambien deseaba lograr de estos repartimientos, pidió tierras cerca de la Isabela, alegando que ántes de su levantamiento eran suyas, y el Almirante se las dió con generosidad; y aunque más se portaba despues de su reconciliacion como el que le habia dado la ley que como el que le debia el perdon de sus excesos, no solamente disimuló su mala conducta, sino que con la mayor confianza se valió de él en una ocasion de las más delicadas, en que se aventuraba más de lo que pedia la prudencia, y fué en esto que voy á decir. Acababa de tenerse en la Corte la noticia del descubrimiento de la tierra firme y de la pesca de las perlas, que despertó la envidia de sus émulos; y como los primeros avisos que tuvieron los Reyes Don Fernando y Doña Isabel de la rebelion del alcalde mayor Roldan les habian inquietado sumamente, procuraron los enemigos del Almirante-Virey infundir contra él y su familia las más graves sospechas de su fidelidad, pintaron esta rebelion como un efecto necesario de la dureza y incapacidad para el gobierno de los tres hermanos, echando toda la culpa principalmente al Almirante de no haber apagado luego, como podia, un fuego capaz de causar un incendio general en las Indias. Fonseca, que de la mitra de Badajoz habia ascendido este mismo año á la de Córdoba y habia vuelto á su car-

go de la administracion de las Indias, fué el que daba más calor á estas sospechas. No hacia mucho que Alonso de Ojeda se habia regresado á España y se hallaba en la Corte, cuando se recibieron los informes y mapas del último viaje del Almirante. Tenia entrada en el palacio del Obispo-Ministró, y sabia bien que miraba muy mal las cosas de los Colones, por lo que concibió la idea de partir con el Almirante la gloria de sus descubrimientos. Pidió á Fonseca que le hiciera merced de aquellos instrumentos ó Memorias de Colon, y las logró inmediatamente. Despues de haberlas examinado, se persuadió que podia continuar lo comenzado con igual felicidad que Colon. Formó su plan, que presentó al Ministro; y pareciéndole bien, le dió su permiso, sin firma, tal vez sin participacion de los Reyes, para que continuase el descubrimiento del continente de las Indias, con el conque de que no entrase en las tierras del Rey de Portugal ni en las descubiertas por el Almirante ántes del año de mil cuatrocientos noventa y cinco, esto es, ántes de sus dos primeros viajes; de modo que ninguna parte del continente quedaba excluida en su comision, como ni tampoco la Isla de las Perlas, contra las convenciones formales hechas entre el Almirante y la Corona de Castilla. Con esta licencia partió Ojeda con presteza para Sevilla,

donde halló los fondos necesarios para armar cuatro navios, y partió del puerto de Santa Maria á veinte de Mayo. Iba por piloto Juan de la Casa, vizcaino, muy hábil en su profesion y hombre de valor. Tambien se embarcó con él Américo Vespucio, rico mercader florentino, con gran gusto de Ojeda, porque tenia la fama de ser muy sabio en la navegacion, astronomía y cosmografía. Se dirá á su tiempo cómo quiso defraudar al Almirante la gloria que éste habia adquirido por haber descubierto el continente del Nuevo-Mundo, y cómo tuvo la audacia de poner su nombre á esta quarta parte del mundo, que solo ella es tan rica y grande, ó más que las otras tres partes. ¡Ejemplo memorable, y cada dia renovado, del poco fundamento que tiene esto que llaman un grande hombre, porque se palpa con evidencia que las más veces se atribuye y roba la temeridad y audacia, el premio debido al verdadero mérito, y cuánto influye la ignorancia y injusticia, y aun preside en casi todos los juicios de los hombres!

Encaminóse primero Ojeda con sus navios al Poniente y despues al Sur, y en veinte y siete dias llegaron á vista del Orinoco. Despues de haber pasado la Boca del Dragon, continuó su viaje, andando doscientas leguas hácia el Oueste, hasta el cabo de la Vela, llamado así por Ojeda.

Despues se hizo el descubrimiento del Golfo de Venezuela; y por haber llegado á un puerto adonde se vió un pueblo sobre la agua, fundado sobre estacas como Venecia, que por puentes levadizos se comunicaban unas casas con otras, se le apropió este nombre de pequeña Venecia ó Venezuela. Reconocido este golfo, se volvió Ojeda á la Isla Margarita y tomó puerto en la costa de Cumaná, cerca de un pueblo llamado Marcapana, con el fin de carenar sus navios que hacian mucha agua, y fué bien recibido de los indios, que le ayudaron en esta maniobra. Allí mandó fabricar un bergantin, y concluido dirigió su rumbo para una de las islas de los caribes para vengar las injurias que decian los indios de tierra firme les hacian aquellos isleños. Desembarcó su gente á tierra y peleó con los caribes, matándoles mucha gente. Hizose á la vela desde allí para la Española, y el dia cinco de Septiembre de mil cuatrocientos noventa y nueve surgió en el puerto de Yaquimo, en tierra de un Rey que se llamaba Haniguayaba, con el ánimo de cortar mucho palo de brasil que allí abundaba y de llevarse gran porcion para España. Avisaron luego al Almirante que Ojeda andaba por aquellas costas; y como sabia que era hombre atrevido, entonces dió esta comision de toda su confianza al alcalde Roldan, mandándole que fuese con dos

carabelas á impedirle que cortase brasil ni hiciese otros daños. Encontró Roldan á Ojeda que se habia internado con poca comitiva más de siete ú ocho leguas de distancia de sus navíos: pudo haberlo preso; y no quiso, contentándose con pedirle sus provisiones reales, preguntándole con qué licencia habia abordado á la isla y se entraba tan adentro de ella sin haber solicitado el permiso del Almirante. A que respondió Ojeda: que tenia sus despachos á bordo, y que no tardaria en cumplir con su obligacion, pues en despachándose de lo más urgente que le habia hecho arribar á tierra, iria luego á verse con el Almirante para darle cuenta de su venida y de otras cosas que le tocaban. Con esta respuesta se satisfizo Roldan; y despues de haber visitado los navíos, se volvió á Santo Domingo. Súpose poco despues, que Ojeda habia dado vuelta al golfo de Jaraguá, sin cumplir lo prometido. Fué enviado otra vez Roldan por el Almirante, y cuando llegó á poca distancia de donde se hallaba Ojeda, supo con harto dolor que muchos de los vecinos nuevos de aquella tierra se habian juntado con él, y en una noche habian dado de repente sobre los demás que no le querian seguir, y habia habido muertos y heridos de una y otra parte, con harto escándalo de los indios, por donde se iba á suscitar un alboroto peor que el antecedente.

Conoció entónces Roldan su yerro en no haber asegurado la persona de Ojeda en el Puerto de Yaquimo, y se dispuso para repararlo; pero Ojeda estaba ya á bordo de sus navíos: le escribió proponiéndole que se viniese para tratar de algunos asuntos, y despues que estos dos capitanes que se temian recíprocamente, porque ambos eran de capacidad y resolucion, se hubieron observado mutuamente todos los movimientos, Ojeda se retiró doce leguas más allá de Jaragua en la provincia de Cahay, que hoy se llama de el Arcay, siguiéndole Roldan, y despues de haber vencido muchas dificultades, ayudado de su habilidad y ánimo, empeñó al fin á Ojeda á que conferenciasen sobre el motivo de su venida, y consiguió al cabo que se retirase Ojeda, y le dejara la ejecucion de sus malas intenciones.

No hay duda que en esta ocasion hizo Roldan un servicio muy importante al Almirante, que estaba en visperas de verse sumergido de nuevo en un abismo de disturbios, del que no hubiera salido sino con gran trabajo, y más cuando supo por un clérigo y tres hombres que se quedaron en la isla, lo que él se sabia muy bien, que sus enemigos tenian mucho apoyo en la Corte, y que Ojeda se habia tomado este atrevimiento de los favores que le hacia el obispo Fonseca. Antes de partir Ojeda, escribió este capitán una carta al